

Si tú me escuchas

Daniela Márquez Colodro

Capítulo 1

El verano se fue y se llevó todo lo que tenía que ver con Gabriel y con sus recuerdos, tanto los felices como los crueles. Al fin lo había olvidado y esperaba no volver a tener nada que ver con él ni con Javiera, especialmente porque estaban por comenzar las clases de ese nuevo año escolar.

Suena bien, ¿verdad? Una chica enamorada y engañada, que finalmente supera la traición. Pero, ¿a quién quería engañar? ¡Si todavía me dolía! Y mucho. Lo cierto es que las vacaciones pasaron lentas y dolorosas. Contemplé el atardecer con la imagen de Gabriel en mi mente cada una de las tardes de ese verano. Aunque, para ser sincera, algo en los detalles de su rostro se había perdido en mi memoria. Lograba recordar su imagen en general, su pelo, su porte, pero no el brillo de sus ojos, ni la forma de sus labios. Diría que su rostro en particular había desaparecido de mi mente.

La cosa es que, con claridad o confusión, no hubo día que no despertara pensando en él, envuelta en un halo de tristeza o simplemente llorando. No hubo canción romántica que no me llevara volando hasta esos recuerdos, ese primer beso o esa sensación de estar convertida en una gelatina temblorosa, junto a él. Ni un solo día de esas largas y

protectoras vacaciones desperté sin preguntarme por qué. Por qué ese sentimiento tan especial que había nacido entre ambos... de pronto se esfumó, como si nunca hubiera existido. Cada mañana, en medio de los cada vez más nítidos balbuceos de Santiaguito y el ruido ensordecedor de la aspiradora de la casa, me pregunté cómo pudo ocurrir todo eso, frente a mí y sin que me diera cuenta de nada.

Santiaguito había cambiado mucho en esos tres meses y yo ya empezaba a disfrutar de mi hermano menor. Pronunciaba muy bien nuestros nombres y pedía cada cosa que quería con extremada claridad para ser tan pequeño, aunque solo usara palabras sueltas. El resto del día hablaba en una especie de latín con fiebre, la cosa menos entendible del mundo.

A punta de helados, cada tarde vi una película en Netflix, echada en la cama de mi mamá, sola o con Pancha, que me visitó con bastante frecuencia. Así, fui ganando peso sin darme cuenta, hasta que llegó el momento de volver a ponerme el jumper del colegio y comprobé que ya no me quedaba como campana sino bastante estrecho. Mi mamá no podía creerlo. Su esquelética hija había dejado de serlo, aun cuando no hubiera signos que pronosticaran la llegada de la menstruación todavía. De aquella tortuosa espera ni hablar. Nada de nada aún.

Y si me preguntan si las vacaciones en el sur lograron distraerme un poco de mi gran dolor, la respuesta es no. Tener papás hippies no es cualquier cosa, eso ya se los he comentado. Es algo con lo que hay que cargar por muchos años, a lo largo de toda la vida. Y aunque no es tarea fácil,

de alguna manera una se acostumbra a ciertas cosas como, por ejemplo, a que los paseos y vacaciones tendrán esa dosis de riesgo que viene de la mano del relaxo con el que ellos se toman casi todo en la vida. Un relaxo a veces pintoresco y otras, indignante. La novedad de ese año estuvo marcada por mi bitácora de viaje, que decidí escribir para registrar cada aventura, cada lugar de nuestras vacaciones, con todos sus detalles. Lo triste fue que al final se convirtió en una especie de diario de vida en el que la palabra «Gabriel» se repitió muchas más veces que las demás. Un verdadero desastre.

Las dos semanas en la isla Grande de Chiloé fueron una gran oportunidad para estar en familia, en un entorno precioso y diferente. Durante esos catorce días recorrimos cada rincón de la isla, acampando y en hostales. Sin embargo, lejos mi lugar favorito fue Castro, con sus palafitos y su mercado artesanal, precioso. Ahí me volví loca comprando aritos de todo tipo, incluso de cobre. Con esto de que ahora tengo las orejas perforadas, comencé a disfrutar del maravilloso e ilimitado mundo de los aros, en toda su magnitud. Mi mamá compró varias cosas de madera para la casa y mucha lana natural de oveja para hacer chales y mantas para el invierno. A mi abuela Toña y a la de Pancha les regalé un cofre de madera para guardar aritos, pulseras, cadenas o lo que sea. ¡Hasta chicles!

Tomé muchas fotos en cada paseo que hicimos por las diferentes ciudades de la gran isla. Debería poder decir que la belleza arquitectónica de las iglesias declaradas Patrimonio de la Humanidad, los paisajes y los deportes

náuticos me impresionaron al punto de olvidar incluso quién era Gabriel Maturana. Pero no. Se quedó ahí mismo, intacto en mi cerebro, incrustado en mi corazón sangrante y moribundo.

Y si pensaba que mi inicio de año en el colegio sería una tragedia griega, las novedades en mi condominio no ayudaron mucho que digamos. Ese fin de semana, mientras con Pancha esparcíamos las semillas de las lechugas crecidas y secas sobre la tierra despoblada del huerto de mi mamá, advertimos que una nueva familia se mudaba a la excasa de los Cornejo, quienes aprovechando la partida de sus hijos para formar sus propias familias y la reciente jubilación de don Rolando, decidieron vender su casa en Santiago y quedarse a vivir en la de veraneo que tenían en Concón. ¡Cómo extrañaría las empanadas de la señora Mireya! Especialmente las integrales de champiñón y queso. Como vivían frente a nuestra casa, era la primera en sentir el olor rico de su producción artesanal los fines de semana. Y ahí partía, corriendo con el billete morado de dos mil pesos que mis padres dejaban siempre para esa compra sobre el hornito eléctrico de la cocina. Pedía siempre las mismas cuatro sabrosas y crujientes empanadas, aunque a mis papás les llevaba de mozzarella-tomate y a Santiaguito, de queso solo. La señora Mireya lo sabía perfectamente, tanto así, que en cuanto me asomaba por la ventana de su cocina, ella me extendía el paquete humeante y yo a ella, el billete.

Los nuevos vecinos eran un enigma para todos. Eso, porque los dos adultos no eran casados. Eran algo así como

una familia-conjunto, en la que los pequeños que convivían con ellos no pertenecían a A (él) y B (ella), sino que solo a B (ella), pero con C (otro señor). Y a su vez, A (él) tenía un hijo con D (su señora anterior).

En resumen, A y B vivían en la excasa de los Cornejo, que pasó a ser de ellos, de la familia-conjunto. Vivían con los chicos de B: Clara, una pequeña de unos tres años, con la cabeza llena de rulitos anaranjados, que cada vez que se encontraba con Santiaguito corría a abrazarlo como si fuera su mellizo perdido; Blanca, una chica más o menos de mi edad, muy delgada y pálida, a todas luces muy tímida, y un chico algo mayor, del que no sabía el nombre, pero sí que era músico, porque aturdía nuestros oídos los sábados a la hora de la siesta con un grupo de amigos con los que, todo indicaba, tenía una banda de rock o algo así.

En fin, un día antes de comenzar el nuevo año escolar la sola idea de volver a cruzar mi mirada con la de Gabriel me tenía absolutamente angustiada. Es que sabía perfectamente que no estaba preparada para enfrentarlo, para volver a compartir el espacio, la sala de clases, ni siquiera el patio, con él y con Javiera. Menos aún para soportar las miradas de todos nuestros compañeros y saber que lo más seguro era que se estarían ahogando al comentar los detalles de lo ocurrido en El Tabo. Uf, la vida no era fácil. No, señor.